



MUJERES DE ARMAS TOMAR

Las rubias. Autoras de medio centenar de secuestros exprés, la Policía les pisa los talones. De iz-

quierda a derecha, Vanessa, Franciely, Carina (detenida), Priscila, Monique (arrestada) y Lilmara.

El clan de las rubias

Guapas, educadas y delincuentes. Suman 50 secuestros exprés en Brasil y tienen en jaque a la Policía. Pero no son las únicas. En Zimbabue persiguen a las terroríficas ‘cazadoras de esperma’

Carina Geremías Vendramini era una esposa modelo, una madre ejemplar con su niña de dos años y una eficiente trabajadora de una empresa de telemarketing. Nacida en una familia bien de Morumbí, uno de los barrios más selectos de Sao Paulo, de niña fue a un colegio privado, dominaba el inglés (cosa poco habitual en Brasil) y estudió Comercio Exterior. Rubia, lista, guapa y acomodada, a sus 25 años tanto su vida como su aspecto físico parecían los de la clásica protagonista de un telefilme norteamericano.

Era una de sus caras, la de un angelito adorable. Hasta que la madre, esposa e hija admirable se transformaba en diablo. Porque Carina Geremías era también una delincuente insaciable, una secuestradora violenta y una de las

integrantes más aplicadas de ‘la banda de las rubias’, un grupo de jóvenes de pelo claro (y una jefa morena) que tiene en jaque a la Policía brasileña. Medio centenar de secuestros exprés, asaltos a pisos, palizas a las víctimas de sus raptos, miles de euros estafados con tarjetas de créditos... El currículo de Carina, la adorable madre de familia, y sus amigas.

Seis eran las rubias. Dos de ellas, ya en la trena. La propia Carina (ella lo niega y acusa a su hermana, Vanessa, dos gotas de agua como se ve en las fotos) y Monique Awoka, la única morena. Es la mujer del jefe, Wagner de Oliveira, también apresado. El resto (Vanessa, Priscila Amaral, Lilmara Valezin y Franciely dos Santos) huyen como pueden por el gigante sudamericano, empapelado con sus fotos. «Son muchachas muy educadas, formadas y sobre todo realmente bonitas. Y siempre

muy bien vestidas y maquilladas», explica el ‘sabueso’ Joaquim Dias Alves, jefe de la división antisequestros de la Policía Civil de Sao Paulo.

Wagner de Oliveira era el encargado de reclutarlas. A todas las llamaba ‘Bonnie’. Y ellas a él, ‘Clyde’. Amantes de la película de Arthur Penn. Los únicos requisitos para entrar en la banda, ser guapas y rubias, un color de pelo infrecuente en Brasil y por ello exótico, sensual. El arma perfecta, junto a un generoso escote, para hipnotizar a los dependientes de los comercios en los que usaban las tarjetas de crédito sustraídas a las víctimas de sus secuestros. Las raptadas también eran rubias, para hacerse pasar por ellas. Y adineradas. Las seguían durante días para comprobar su tren de vida y las asaltaban en aparcamientos o en calles apartadas, a golpe de pistola. Luego las pateaban, amorda-

zaban en el interior de sus vehículos y las retenían durante horas hasta que compraban ordenadores, joyas o sacaban dinero con sus documentos. El secuestro exprés perfecto. Así hasta 54 ‘palos’. Aunque ahora han pasado de seductoras maleantes a bellas fugitivas.

‘Las rubias’ demuestran una máxima: el delito no es un coto vedado para el sexo femenino. Ciertamente es que en España ‘solo’ 6.000 mujeres cumplen condena en prisión por diversos delitos, frente a 73.000 hombres, según los últimos datos del Instituto Nacional de Estadística. Pero en cualquier punto del planeta hay ejemplos de que ellas también son ‘de armas tomar’. Volvamos a Brasil, la tierra de Carina Geremías y sus esbirras. Allí actúan ahora mismo otras dos bandas femeninas: la de ‘las abuelas’, sesentonas rápidas como el viento robando carteras, y la ‘banda de las oloro-

sas’, especializadas en desvalijar lujosas perfumerías. Y qué contar de las ‘cazadoras de esperma’...

Sus armas: 90-62-87

Así se ha bautizado en Zimbabue a un misterioso grupo de mujeres que tiene aterrorizados a sus compatriotas de sexo masculino. El apodo del grupo no se anda con rodeos, porque a eso se dedican las asaltantes: a robar semen. «No tenemos el número exacto de casos, pero todos han ocurrido cuando las víctimas hacían autoestop y subían a coches conducidos por mujeres», explicó a ‘The Telegraph’ Wayne Bvudzijena, portavoz policial en Zimbabue. La banda exprime literalmente a los asaltados. Son drogados con un estimulante sexual para poder mantener varios coitos y obligados a acostarse con prostitutas. El botón, los preservativos con el esperma. ¿Y para qué? Para venderlo